



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.

PR6567
55
M3

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. de los Hijos de Tello, Carrera de San Francisco, 4.

PARTE PRIMERA

EL RETRATO CON ANTIFAZ

El primer dolor, si no siempre es el más grande, es indudablemente el más sensible.

(DOS MUJERES.—*Gertrudis Gómez de Avellaneda.*)

CAPÍTULO PRIMERO

LA MUERTE EN LA VIDA

Todos los que hayan atravesado el hermoso y risueño Aragón, habrán visto con placer la fertilidad de sus campiñas, sus caudalosos ríos y su azulado cielo; todos, estoy cierta, habrán admirado su rica vegetación, que da una idea tan magnífica del poder del Creador.

Todo es hermoso allí: todo es alegre y placentero; pero las campiñas más bellas son las que bañan las ondas del Jalón; las pequeñas aldeas, diseminadas en sus márgenes, se asemejan, en lo blancas y graciosas, á aquellas que tan poética-

mente vemos descritas en las antiguas leyendas; entre ellas se levantan magníficas posesiones conocidas bajo los diferentes nombres de *torres*, *casas de campo* ó *quintas*.

Hacia el año de 1815 se veía una de estas quintas á siete leguas de Zaragoza, situada entre dos pequeños pueblecillos. No tenía, sin embargo, vecindad con ninguno de los dos, y aparecía como aislada á la entrada de un florido valle. Su interior era suntuoso: cerrado por una ancha verja de hierro, se veía un gran patio rodeado de árboles y flores; frente á la puerta de la verja, una escalera de piedra conducía á un espacioso vestíbulo, adornado con magníficas estatuas y soberbias macetas de flores y yerbas olorosas; una enorme puerta esculpida, abierta de par en par, dejaba ver la escalera que conducía á las habitaciones, iluminada por rasgadas ventanas que daban á la campiña.

Á espaldas de la quinta se extendía un hermoso y dilatado jardín; no tenía tapias, y solamente una pequeña cerca de cañas secas le separaba de los campos inmediatos.

Era una tarde del mes de Mayo; el sol doraba ya con sus últimos reflejos las copas de los árboles más elevados y las crestas de los altos montes del Castellar; oíanse á lo lejos los esquilonos de los rebaños y el ladrido de los perros; de vez en cuando pasaba un aldeano, caballero en su asno, y cantando la popular *jota* con tanto

gusto y tan sonora y flexible voz que diera envidia á un tenor de nuestros teatros.

Á veces, también una graciosa aldeana cruzaba ligera los prados con su cestilla de mimbrés en el brazo, su basquiña corta y airosa, sus medias de estambre plateado y su breve pie encerrado en un lindo zapatito de raso escotado.

En el jardín de la quinta, tres personas contemplaban el magnífico espectáculo de la puesta del sol. Era la una un hombre que podría tener de treinta y seis á treinta y ocho años, aunque su estado le hacía aparentar algunos más; tendido, más bien que sentado, en un sillón, parecía aspirar con delicia los penetrantes perfumes de la tarde; estaba pálido y moribundo, á juzgar por lo demacrado y abatido de su semblante; muy hermosa debía haber sido su fisonomía en días mejores, pues que aún se advertían en ella restos de una envidiable belleza; sus grandes y negros ojos, guarnecidos de larguísimas pestañas, estaban cerrados como si la luz les mortificase; veíase en su morena frente una melancólica altivez, y sus espesos y negros cabellos se escapaban en numerosos, aunque descuidados rizos, del gorro de terciopelo que les sujetaban.

Estaba envuelto en una ancha bata de brocado de seda, sumamente entretelada, y tenía cruzadas sobre las rodillas sus pálidas y enflaquecidas manos, cuya aristocrática forma se advertía aún claramente.

De pie al lado del sillón y como para ofrecer un contraste, estaba una joven vestida de blanco: parecía tener diez y seis años á lo sumo, según la gracia infantil de toda su figura; su estatura, algo más que mediana, era esbelta y débil, pero llena de dignidad; aunque hermosa hasta el idealismo, conociáse á primera vista que aquella niña jamás poseería la hermosura lozana y voluptuosa de las mujeres robustas. Sus ojos, de puro y sombrío azul, eran melancólicos, pero serenos y apacibles como el cielo de un hermoso día; sus cejas y pestañas, mucho más largas y espesas de lo que podría esperarse en una edad tan tierna, eran de un castaño muy oscuro, mientras que, por un capricho de la naturaleza, su espléndida cabellera deslumbraba la vista por su color dorado y brillante.

Su nariz era pequeña y delicada, y la boca, también pequeña, rosada y sumamente linda; cuando sonreía, se formaban en sus mejillas dos hoyuelos tan seductores como el que adornaba su graciosa barba: era blanca como su vestido de batista, y á través de su transparente tez se veía en sus sienes y en su frente la fina red de sus azuladas venas; tenía en una de sus lindas y afiladas manos una rama de jazmín, cuyo perfume aspiraba con frecuencia.

Algo retirada, y de pie también, se hallaba una mujer de edad madura, cuya figura era el tipo exacto del ama de gobierno; á pesar de los cin-

cuenta años que se veían escritos en su frente, sus ojos vivos y penetrantes y sus redondas y encarnadas mejillas le prestaban cierta apariencia de frescura. Llevaba un vestido morado de hábito del Pilar, y cubría su talle una ancha pañoleta de muselina blanca, sujeta en la cintura con largos alfileres dorados. Se descubría en la fisonomía de aquella mujer una mezcla singular de bondad é inteligencia que llamaba la atención. Sus gruesos labios y la acariciadora expresión de sus ojos patentizaban la dulzura de su carácter; de vez en cuando miraba á la joven y se retrataba en todas sus facciones un profundo pesar.

Los tres guardaban silencio largo rato hacía; el enfermo, con los ojos cereados, permanecía inmóvil; la hermosa niña escuchaba atenta el canto de un ruiseñor que se oía entre los árboles, y la anciana hacía movimientos de impaciencia, hiriendo la húmeda tierra con su pie.

No pudiendo contenerse por más tiempo, se acercó al sillón y tosió ligeramente para llamar la atención del enfermo, mas éste no se movió.

—Señor Barón—dijo entonces con dulce y sumisa voz,—ya es hora de que se recoja usted; la tarde va decayendo y esta humedad puede serle muy perjudicial... Vamos, voy á llamar á Antonio y á Pedro para que conduzcan el sillón.

—Estoy bien... aquí... Marcela—contestó el enfermo con débil, pero conciso acento;—déjame.

Volviendo después sus ojos, llenos de tristeza

y de amor, á la joven que permanecía de pie, añadió:—¿No es verdad, Margarita, que... estamos... bien aquí? ¿Te cansas... tú... acaso?

—¡Oh, no—contestó la hermosa niña con dulce y cándida sonrisa.—¿Cómo quieres que me canse de estar en el jardín en una tarde del mes de María?

—¡Es verdad...—exclamó el enfermo con profunda amargura;—es verdad... Margarita... había olvidado que el mes de Mayo tiene recuerdos llenos de encanto para tí!... ¡Ah!...—prosiguió llevándose las manos á la frente.—¡Morir ahora... Dios mío!... ¿Dónde está vuestra piedad?

—¡No hables, por Dios, de morir, Alberto!—exclamó Margarita, cuyos ojos se llenaron de lágrimas;—esta mañana me decías que estabas mejor, y que al invierno que viene marcharíamos á Madrid. ¿Por qué me quieres afligir así ahora?

—Perdona, Margarita mía—dijo el Barón, cuyo semblante había ido recobrando su habitual expresión de resignación y de tristeza.—¡Perdóname!... Hace... ya tanto tiempo que estoy... enfermo, que algunas veces... pierdo la esperanza de recobrar la... salud.

—Tanto mayor será tu alegría al verte bueno, Alberto—repuso Margarita, tomando entre sus manos suaves y tibias las abrasadoras del Barón; luego, sentándose en una banquetita, y apoyando su rubia cabeza en uno de los brazos del sillón, continuó:

—Ya verás qué felices somos en Madrid: recibiremos á los amigos de confianza dos días á la semana; daremos por lo menos un baile en cada una, y tendremos palco en todos los teatros... ¿Qué dices de mis proyectos, Alberto?—añadió aproximando su rostro fresco y encantador al lívido semblante del enfermo.

—Repárese usted por Dios, señorita, que el aire se va haciendo muy frío, y que dañará mucho al señor Barón—dijo Marcela á la joven en voz baja y respetuosa:—si pudiéramos reducirle á que se acostase...

—Digo, Margarita...—contestó Alberto,—que tu plan me parece delicioso, y que haré cuanto... me sea posible para que se realice... si vivo... Y... dime—añadió al notar un movimiento de pesar que hizo la joven:—¿cuándo dejarás de tratarme con ese tono respetuoso y que tanto me enfada?... ¿Cuándo te acordarás de que... Margarita de Álvarez es, un mes hace, Baronesa de Medina?... ¿Prefieres... ver en mí al tutor severo, á considerarme como á tu amante esposo?

—Perdóname, Alberto—dijo Margarita con dulce voz...—A pesar mío, te tengo siempre respeto; pero te amo con todo mi corazón. ¡Ay!—prosiguió la joven Baronesa.—¿Qué suerte me estaba deparada, á no ser por tí? Huérfana y desvalida, te soy deudora hasta de la existencia...

—¿Y qué no te debo yo á ti... Margarita mía?—exclamó el Barón, cuya voz iba animándose gra-

dualmente.—La única dicha verdadera de mi vida es la que he gozado en el mes que hace que te llamo mía. ¡Ay!—prosiguió con dolorosa expresión y atrayendo á su seno la rizada cabeza de Margarita,—¡pluguiese al cielo que me hubiera sido posible pagártela!...; pero ya que Dios me ha negado tanta ventura en la tierra, yo rogaré por ti...—Después, como estremeciéndose á impulsos de un tristísimo pensamiento, repitió:—Sí, rogaré al cielo que te preserve de toda desgracia.

Apagóse de súbito la voz del Barón, y su fisonomía quedó de nuevo profundamente abatida; el ardor con que había hablado agotó sus fuerzas y dobló su frente sobre el pecho. La joven nada contestó: lloraba silenciosamente, y sus gruesas lágrimas se deslizaban por sus blancas mejillas.

—Escucha, Margarita—prosiguió el Barón con desfallecido acento:—mañana ya no existiré yo... No me interrumpas—dijo al ver que la joven cruzaba las manos con profunda aflicción:—déjame hablar... Margarita... porque me queda ya poco tiempo... sí... me voy de este mundo, y te dejo en él, sola... con inmensas riquezas... con diez y seis años... y hermosa como los ángeles... ¿Qué va á ser de ti...? ¿Cuál será tu destino... en este laberinto... que tú... no conoces todavía?... ¡Oh, Margarita!... ¡Por qué te saqué de los muros de Santa Rosa! Las sagradas paredes del claustro hubieran amparado tu inocente juventud, en tanto... que el nombre... y las riquezas que te dejo...

sólo servirán para rodearte de seducciones y peligros...

—¡Pero tú no morirás, Alberto—exclamó Margarita, sollozando amargamente;—no, no morirás!... Dios no querrá arrebatarme el único apoyo que me ha dejado...

—Sí... te... lo arrebatará...—dijo el Barón con una voz tan débil, que ya no llegó al oído de Margarita.

Hubo algunos instantes de silencio, durante los cuales se oían los sollozos de la joven Baronesa.—Levantando al fin los ojos, miró á su esposo, y un grito de dolor se escapó de sus labios.

Lívido éste, había dejado caer su cabeza hacia atrás, y los últimos reflejos del sol iluminaban su cadavérico semblante.

—¡Alberto!... ¡Alberto!...—exclamó Margarita, pasando su brazo alrededor del cuello de su esposo.—¿Qué tienes? Respóndeme... dime que me oyes... ¡Oh, Dios mío!... ¡Marcela!... ¡Marcela, ven aquí!...

—¡Bien lo dije yo!—murmuró la anciana acercándose al enfermo:—el fresco de la tarde es muy dañoso... ¡Antonio!... ¡Pedro!...—gritó aproximándose á la puerta del jardín.

Dos robustos mozos entraron obedientes á la voz de Marcela.

—Llevad al señor Barón á su cuarto—dijo en voz baja el ama de gobierno.

Los criados se colocaron uno á cada lado, y levantaron suavemente el sillón en que estaba el pobre moribundo.

—Por fortuna—dijo Marcela al oído de la joven,—hace dos días escribí al señor doctor y á un santo religioso llamado el padre Ambrosio, y esta misma noche deben llegar aquí.

—¡Un médico!—exclamó Margarita con acento de gratitud.—¡Ah, qué bien has hecho, mi buena Marcela!... En todo piensas, cuando á mí nada se me ocurre...

Sonrióse la anciana tristemente, y nada contestó.

—En cuanto al confesor—prosiguió la Baronesa...—me parece que aún no le necesita, ¿no es verdad? Eso será un desmayo como el de ayer...

Y estremeciéndose de terror, y juntando con fuerza sus manos, murmuró con ahogada voz:

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! Vos no querréis causarme tanto dolor...

Marcela volvió el rostro para ocultar su llanto, y ambas siguieron el triste convoy. La pobre niña ya no lloraba: la vehemencia del dolor había secado sus lágrimas; pero estaba pálida, y en sus facciones se retrataba una sombría desesperación.

CAPÍTULO SEGUNDO

EL MORIBUNDO

Eran las ocho de la noche; la luna clara y pura de Mayo iluminaba los campos y el jardín de la quinta; ni la más leve brisa movía las ramas de los altos álamos, cuyas verdes y frondosas copas se veían bañadas de una tibia claridad.

Toda la casa estaba conmovida, y aunque ninguno de los numerosos criados que componían la servidumbre hablaba en voz alta, se notaba en todas partes el sordo murmullo que precede á las grandes crisis.

Había, sin embargo, un aposento en el piso bajo, en el cual reinaba un profundo silencio: allí agonizaba el Barón. El aspecto de esta habitación, sin tener nada de lúgubre, era triste en extremo: un pálido fuego ardía en la chimenea, y las ventanas estaban cerradas, como si el viento helado de Enero hubiese zumbado detrás de los cristales; una lámpara, velada por una espesa gasa, derramaba su débil luz sobre un velador cubierto de frascos y medicinas, en el que habían colocado un termómetro y un reloj de instantes fijos.

El Barón estaba acostado, y sus hermosas facciones tenían ya impreso el sello de la muerte;